Y de aquellos jóvenes sencillos que en estado inculto te rodeábamos; algunos, siguen tus huellas y se te aproximan; otros, en carrera desigual y tardía, ven el camino que dejas trazado, lo contemplan con admiración é impotentes para evolucionar en esferas tan elevadas, se conforman con su suerte; y otros, más atrás todavía del punto de partida que les marcaste con tu ejemplo y virtudes, confesándose vencidos en las luchas de la vida, quedan perdidos é inmensamente distantes del camino que te han visto recorrer: de estos últimos soy yo; pero á pesar de la distancia que de tí me separa, te distingo perfectamente en el zenit de tu carrera, como puedo distinguir el sol fecundo desde las sombras del pequeño hogar en que vegeto, y me alienta la esperanza de que aún te podré contemplar á mayores y más prominentes alturas.

¡Salve, Maestro queridísimo! Sé feliz, y alguna vez acuérdate del que confundido hoy entre las multitudes que forman la última escala social, fué en otros días el primero en respetarte sumiso y obediente!

Pablo Aldana.

PARA EL ALBUM

DEDICADO AL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE COLIMA

Dr. Atenógenes Silva,

POR SUS DISCIPULOS Y ADMIRADORES.

¡Salve, Nuncio de paz! sobre tu frente
La aureola del genio centellea
Y el fuego sacrosanto de la idea
Emite su fulgor resplandeciente;

Absorta el alma á su pesar se siente
Cuando en tu mano victorioso ondea,
El lábaro del Mártir de Judea
Que empuñó Constantino en el Oriente.

Tu voz sabe atraer los corazones
Con esa unción que á la piedad reanima
Y calma el huracán de las pasiones

Cuando ya no hay poder que las reprima....
¡El cielo colme, pues, de bendiciones
Al magnánimo Obispo de Colima.

Atanasio Orozco.

AL ILMO. SR. OBISPO

DE COLIMA, DOCTOR

Don Atenógenes Silva.

A quien ciñe la triple diadema de Maestro docto, de Sacerdote virtuoso y de pensador insigne, es debido que el veredicto social le otorgue homenajes cumplidos de cariño, de respeto y de admiración; y es justo que el discípulo reconocido, le consagre siempre y en todas partes, perdurable gratitud.

Lic. Leopoldo Valencia.

AL ILUSTRISIMO

SR. DR. DON

Atenógenes Silva.

EL vulgo, siempre dispuesto á quemar incienso á las efímeras grandezas que lo fascinan se olvida á veces del verdadero mérito, porque le embriaga el aparato de mentidas glorias con que deslumbran su vista los que ven en la fuerza ó en la fortuna, y no en las conquistas de la inteligencia y de la virtud, la razón única de legar nombres gloriosos á la posteridad.

Pero si entre nosotros hay alguien cuyos méritos no se hayan sustraído á la justa admiración y al general respeto de todas las clases de la sociedad es indudablemente el Ilmo. Sr. Silva.

Existencias como la del Ilustre Prelado á quien sus amigos venimos á tributar en estas páginas justo homenaje de respeto y admiración deben ser consideradas como los triunfos de la virtud, como las glorias de la humanidad.

Carlos H. Barriére.

AL ILUSTRISIMO

SEÑOR DR. D.

Atenógenes Silva,

DIGNISIMO OBISPO DE COLIMA,

EN EL XXV ANIVERSARIO DEL DIA EN QUE CANTÓ

SU PRIMERA MISA.

¿Qué es el hombre? dijíste enagenado
en el cielo fijando tu mirada,
un pobre peregrino fatigado
que emprende de la vida la jornada
sin conocer el término preciso
á do lo lleva del Señor la mano;
un frágil gusanillo que indeciso
por la pútrida arena del pantano
camina con presura
en busca del placer y la ventura.

¡El placer! ¡el placer! palabra hueca;
palabra que carece de sentido,
fantasma que al nacer desaparece
y que en dolor y en aflicción se trueca.
Armonía de un canto que perdido
en las ondas del viento
hace vibrar su melodioso acento,
y que calla y fenece,
y no deja ni un rastro en su carrera,
que es como el humo, rápida y ligera.

Sueños de gloria que abrumáis mi mente
en la edad más hermosa de la vida;
ciencia, faro de luz resplandeciente,
mi consuelo serás, serás mi egida.

Ansioso siempre seguiré tus huellas
con firme paso y con ferviente anhelo
si las rutas me enseñas de ese cielo
donde radiantes brillan las estrellas;
y donde el sol sus rayos refulgentes
derrama esplendorosos
por mares estruendosos
y extensos y floridos continentes.

Huid, huid, oh fadas sonrientes
que á mi vista mostráis mil horizontes
de esplendor y grandeza;
no domaréis mi fé, ni mi entereza,
pues no ambiciono la mundana gloria,
ni triunfos ni laureles
que son lodo nomás, y son escoria
que acaba de la tumba en los dinteles.

Así dijisteis, y con firme paso
de la ciencia seguisteis la carrera,
de ese astro sin oriente y sin ocaso
que más que el sol radiante reverbera.

De la ciencia de Dios, ciencia sublime
que al que ansioso la sigue, da la calma,
ciencia divina que al mortal redime
y que á un centro de amor conduce su alma.

Al amor del que sufre y del que llora;
al amor de enseñar al ignorante;
y la pena calmar en su última hora
del pobre pecador agonizante.

Seré ministro del Señor, clamaste,
seguiré del apóstol el camino;
y con valor á tiempo te apartaste
del mundo y su revuelto torbellino.

De ese mar estruendoso en que naufragan
la virtud, el honor y la conciencia;
de ese antro tenebroso en que se apagan
las luces celestiales de la ciencia.

Pues la ciencia mundana no es el astro
que á los hombres alumbra en su carrera;

es la luz que al brillar no deja un rastro,
pues como el viento, es frágil y ligera.

Y ha cinco lustros que en feliz momento
al Ara te acercaste enternecido,
y al escuchar tu tembloroso acento
hasta tus manos descendió el Ungido.

Y al elevar la Hostia Sacrosanta
por todos le pediste con anhelo;
y desde entonces con segura planta
la ruta sigues que conduce al cielo.

Armado con la Fe, firme y constante,
en Dios puesta nomás tu confianza,
dijisteis con valor: "Siempre adelante,
pues me alumbra la luz de la Esperanza"

"La santa Caridad será mi guía,
seré el sostén del huérfano y la viuda;
y velaré por todos noche y día
si Dios me presta protección y ayuda."

Y al tomar en tus manos el cayado
de Pastor de las almas, bondadoso
tu vida á tu rebaño has consagrado,
que te ama como á un padre cariñoso.

Y aquéllos que en un tiempo de la ciencia
de Dios, les enseñasteis los senderos,
bendiciendo de Dios la Omnipotencia,
un recuerdo te mandan placenteros.

Un recuerdo de amor y de ternura;
y á Dios le piden con ferviente anhelo,
que goces en la tierra de ventura,
y de dichas sin fin allá en el cielo.

José Silverio de Anda.

AL ILMO. Y RMO. SEÑOR

OBISPO DE COLIMA, DR.

Don Atenógenes Silva.

EL maestro es el sumo pontífice de la ciencia; es la palanca poderosa que empuja á las sociedades hácia el progreso; es el artista que con el cincel poderoso de su palabra modela los cerebros, borrando de ellos las asperezas de la ignorancia y esculpiéndoles los grabados preciosísimos de la ciencia; es el agente más indispensable en el actual periodo evolutivo de la humanidad, que es, á no dudarlo, el periodo eminentemente práctico de las ciencias positivas; es, en fin, el obrero más necesario en ese inmenso taller en que se viene elaborando y cumpliendo el fin providencial. Por lo mismo, el hombre que, como pocos, ha sabido llenar los delicados deberes del magisterio, merece, como ninguno, bien de sus discípulos, bien de la patria, bien de la humanidad.

Dr. Felipe Valencia.